

YACERÉ ENTRE FLORES: CELEBRANDO LA VIDA DE EDWIN REYES

Por Mercedes López-Baralt

— A la dulcísima Ivonne Belén, su compañera; a sus hermanos Miriam, Héctor y Anabel, roca de amor inquebrantable; a los herederos del arpa imaginaria: sus hijos Huara, Elio, Mónica, Paloma y Marina; y al padre Darío, ángel de luz de todos nosotros

¿Nada quedará de mi nombre?
¿Nada de mi fama aquí en la tierra?
¡Al menos flores, al menos cantos!

(Ayocuan, poeta náhuatl: 1490)

Los antiguos mexicanos, poetas desde la raíz misma de su lengua, tan dada a la metáfora, acuñaron un elocuente nombre para la poesía: *in xóchitl, in cuícatl*, flor y canto. De ahí que la frase se repita una y otra vez en los versos de los poetas reunidos en el primer congreso literario de que tengamos noticia en nuestra América, celebrado en Huexotzinco allá por 1490, con aromáticas tazas de cacao. Entre ellos, Ayocuan rinde el más alto tributo a su oficio, apostando su supervivencia ultraterrenal a ese frágil pero porfiado y a veces “infame puñado de palabras”, como nombrara a la poesía nuestro inolvidable poeta cialeño.

Hablar de la obra de Edwin Reyes es saludar a uno de los poetas más importantes de nuestro país. Esta diminuta *ínsula extraña*, “colonia sucesiva de dos imperios”, como la llamara amargamente nuestro Luis Rafael Sánchez, tiene el singular mérito —ya apuntado por Juan Gelpí— de haber producido una literatura nacional, sin acceder aun a la nacionalidad jurídica. Y en su fecunda oferta literaria del siglo veinte, que acabamos de despedir, el género más pleno es sin lugar a dudas la poesía. Digno heredero de Palés —también de Corretjer—, Reyes es para mí, entre tantos poetas espléndidos que nos acompañan hoy, el más completo. Su andadura poética

—*Crónica del vértigo* (1977), *Son cimarrón* por Adolfina Villanueva (1985), *Balada del hombre huérfano* (1990), *El arpa imaginaria* (1998) y un poemario aún inédito, *El arca de papel*— lo lleva con comodidad de la épica a la lírica, del verso tradicional al libre, del criollismo campesino a la poesía urbana, de la historia a la introspección, de la poesía conversacional al surrealismo, de la cotidianidad a la alegoría y al mito. Cineasta y compositor, concibe muchos de sus poemas como cortometrajes (es el caso del bellissimo “Ofelia” o “La muerte del poeta”), o como piezas musicales, en unos casos de nivel operático (el ciclo de Charías), y en otros, de nivel popular, como la balada a su hija Marina y la desoladamente esperanzadora danza “Isabel”. Un gran poeta es aquél que, por conectarse tan de cerca con su psique profunda, bordea lo trascendente, roza lo universal y nos toca a todos. Quizá por ello es que Edwin —como muy pocos— logra producir versos estremecedores. Por eso, y porque, más allá de la conciencia implacable de su amado y atormentado oficio, tiene el elusivo don de la fe. Fe en su arte, fe en la vida, fe en su país, fe en los demás que somos nosotros. Poeta con misión que nos consuela con la belleza, Edwin Reyes es, como todo gran artista puertorriqueño, uno de los forjadores de nuestra nacionalidad.

Pero este príncipe de la palabra oriundo del barrio Pozas también lo fue de la amistad, “lluvia de flores preciosas”, para citar otra vez a Ayocuan. Me honran cuarenta años de hermandad con Edwin Reyes, quien pertenece a la casta de la sangre elegida que hacemos nuestra por el cariño. En el prólogo de *El arpa imaginaria* he contado con emoción nuestra amistad. Hoy cabe recordar su lección invaluable de los últimos meses. La gallardía con que enfrentó su enfermedad. El consuelo con que nos fortalecía su ejemplo de dignidad a tantos amigos y familiares. En su humildad, se asombraba del amor y el respeto que lo rodearon en la última etapa de su camino. Tuve que decirle: Edwin, tú los sembraste. Con tu verticalidad y tu limpieza —fue un hombre de una vez—, y esa inocencia última a la que tanto le cantaste creyéndola perdida. Afortunadamente, te equivocabas. “Te acudirán alas”, te dijo en un conmovedor poema el padre Darío. Porque mucho aprendimos, querido hermano, de tu transformación espiritual en el lecho de muerte. La fuerza de tu poderoso espíritu fue tal, que invadiste la

palabra de tu ángel protector, Darío —poeta como tú—, en otros versos que te dedicara emocionado y que forman parte del disco homenaje “La oración que nunca hice”, que te regalara Danny Rivera. En el que nuestro cantor te ofrece aquella canción que me cantaste, deslumbrándome como siempre, hace años en una fonda cialeña: tu danza *Isabel*, lección de esperanza y la más honda celebración de la trascendencia a través de la poesía. “En cumplimiento de una promesa que habrás olvidado como si fuera tuya”, como le dijera Miguel Hernández a su Josefina al dedicarle *El rayo que no cesa*, este hermosísimo compacto, fruto de la amistad, culmina el sueño acariciado largamente por ambos de oirla un día en la voz de seda de Danny. Gracias a él y al padre Darío pudimos escucharla, todos juntos y de la mano, una inolvidable tarde de diciembre. Se hacía realidad nuestra Nochebuena.

Nos despedimos muchas veces, sabiendo que no hay despedida. Convocando en silencio al poeta de Orihuela que dijera “Me voy, me voy pero me quedo, pero me voy...” En una de tus últimas llamadas telefónicas me hiciste saber, de la manera más pudorosa, que estabas consciente de lo que enfrentabas. Sencillamente me contaste que estabas recordando un haikú que decía, “En el largo camino, si caigo, yaceré entre flores”. Así ha sido, mi Reyes amado. Te quedas en tus versos, en la flor y el canto. Con ellos nos sembraste a todos un jardín, y desde él celebramos tu vida, con la dulce nostalgia que hiciera a Garcilaso decir

Para más despacio atormentarme,
llévame alguna vez por entre flores.

Porque nos enseñaste a todos, apostando fieramente a la poesía, que “Isabel ya no viene, pero viene el poema”.

Mercedes López-Baralt